

*De casa a casa. Correspondencia entre Manuel Toussaint y Alfonso Reyes.* Ed. Serge I. Zaitzeff. México: El Colegio Nacional, 1990.

La obra del investigador Serge Iván Zaitzeff se alza ya como un mapa fidedigno, y hasta puntilloso, del Ateneo de la Juventud. Esa metageneración, esa revuelta cultural. Dos son las vertientes principales: la edición de textos inéditos o aún no recopilados y la exhumación de epistolarios. Dentro del primer afán, Zaitzeff háse ocupado lo mismo de Rafael López que de Roberto Argüelles Bringas que de Ricardo Gómez Robelo (sección poesía), de Mariano Silva y Aceves que de Julio Torri que de Carlos Díaz Dufoo Jr. (sección prosa); dentro del segundo, tóme-se nota de la correspondencia Reyes-Torri, Torri-Henríquez Ureña, Reyes-Silva y Aceves, etcétera. Corpus al que habrá que anexar el musculoso epistolario torriano (en galeras) y la no menos musculosa correspondencia Alfonso Reyes-Genaro Estrada (en encuadernación).

Más recientemente, Zaitzeff ha entregado a las prensas (del Colegio Nacional) dos epistolarios alfonsinos más, aunque no con *coetáneos* sino con sendos *contemporáneos*: Antonio Castro Leal y Manuel Toussaint. Cabezas ostensibles de la llamada generación de los Siete Sabios o de 1915, primer discipulado del Ateneo de la Juventud. Vemos, ahora, en exclusiva, el segundo de los epistolarios aludidos.

*La edición.* Trátase en realidad de dos correspondencias: 1917/1922, y 1937/1955. Veintiséis cartas en el primer caso, todas de Manuel Toussaint; treinta y dos en el segundo, la mayoría, veintidós, de Alfonso Reyes.

*La introducción.* Con el esmero que le es habitual, Zaitzeff reconstruye los pasos de Toussaint y su relación con Pedro Henríquez Ureña, de quien fuera discípulo en la Escuela de Altos Estudios, Julio Torri y, naturalmente, Alfonso Reyes. Punto de partida: *Las cien mejores poesías (líricas) mexicanas*, antología de Castro Leal, Toussaint y Vázquez del Mercado aparecida en aquel 1914 de la diáspora ateneísta que fuerza el relevo generacional.

La ejecutoria de Manuel Toussaint comprende la erudición literaria —que luego desembocará en la historia del arte mexicano—, el trabajo en revistas y la editorial Cvltvra, la política a la vera de José Vasconcelos, el periplo europeo y, brevemente, el servicio exterior cultural. Sus últimos años se ligan al Instituto de Investigaciones Estéticas, que dirige desde 1939 hasta el momento de su muerte el 22 de diciembre de 1955 —cuatro años antes que su corresponsal Alfonso Reyes.

¿Qué pensaban los “ateneístas” de Toussaint, figura hoy por hoy, cómo negarlo, casi desvanecida en la memoria cultural? Dice Julio Torri (a Pedro Henríquez Ureña) en su análisis de la camada sietesapiente:

Manuel Toussaint es inconfesablemente más inteligente; sus defectos —que probablemente pueden corregirse— provienen de indigestión de ciertas ideas: demasiada tiesura en su pose de seriedad, de tomar muy a la letra el elogio cristiano shopenhaueriano de la soledad, etc. En realidad es éste su verdadero inconveniente: tomar las cosas sin discriminación, muy en discípulo, el *wagnerismo* (8).

Dice Pedro Henríquez Ureña (a Alfonso Reyes):

De México sólo me ha escrito Toussaint —una sola carta en dos meses, y con uno de atraso. Como Toussaint es algo misantrópico y aislado, no me cuenta nada.

Hoy, al levantarme, tu carta de 4 a 10 de junio, y una de Manuel Toussaint que resulta el más escribidor sin duda por ser el más retraído. Ingenioso y misantrópico (Correspondencia 335, 366).

Dice Reyes (a Vasconcelos):

Por desgracia Toussaint, siendo inteligente, es demasiado maleable todavía; no logro que me dé opinión por su cuenta sobre muchas cosas. Es un discípulo, no todavía un camarada. Me mira a los ojos y me contesta con el tono en que estoy pensando. Así, no experimento confrontación (12).

¿Qué clase de epistolario —género confesional y rijoso— puede obsequiarnos una personalidad semejante? Leamos.

1917 / 1922. Límite inferior. Hace tres años que Alfonso Reyes, cesado de sus funciones en París —como todo el cuerpo diplomático a la caída de Huerta—, hállase en Madrid. En México, Manuel Toussaint ha consolidado su discreta fama de sesudo articulista y prologuista. Tengo frente a mí una fotografía tomada en la casa del ingeniero Rafael Loera y Chávez —Sinaloa número 94—, el 15 de agosto de 1917, con motivo del Primer Aniversario de los Cuadernos Literarios Cvltvra. Salen los que están y son: Castillo Ledón, Cravioto, González Peña, Torri, Saturnino Herrán, Enrique González Martínez, López Velarde... y Manuel Toussaint (Cvltvra 9). Éste es el polígrafo que, cuatro meses después, en octubre, cumple al fin un viejo anhelo: dirigirse a Alfonso Reyes, de quien había reseñado para la revista *Pegaso* una traducción, la de *Orto-*

*doxia* de Chesterton, y una obra original en verdad vanguardista, *El suicida* (libro que por la misma época, aunque en otro sitio, Nueva York, le servirá a Martín Luis Guzmán como inmejorable pretexto para trazar una sociología del “ateneísmo” mexicano). “Muchas veces he comenzado a escribirle a usted con distintos motivos y nunca he podido ver terminada mi carta, ni me he resuelto a enviarle los puros principios”, empieza diciendo, “siquiera hoy le mando un fin” (19). Carta sumaria, impersonal, apocada, que, salvo contadas excepciones, marca el tono de las veinticinco restantes. Tiesura que Toussaint no quebranta ni siquiera al agradecerle a Reyes, el 21 de noviembre del mismo 1917, que aquél lo hubiera propuesto a Ramón Menéndez Pidal como colaborador de la *Revista de Filología Española*, publicación del Centro de Estudios Históricos de Madrid —una de las tablas de salvación del naufrago Reyes.

Límite superior. Para el 21 de junio de 1922, fecha de la última carta del primer tramo de la correspondencia que comentamos, Manuel Toussaint ha visitado diversos sitios de la República Mexicana, servido como secretario particular al Vasconcelos rector y Secretario, viajado por Europa, trabajado en Madrid —todavía el Madrid de Reyes— en la Comisión del Paso y Troncoso, regresado a México reincorporándose a su cargo en la Secretaría de Educación Pública. Reyes, por su parte, siempre en España, salvo el viaje a Italia, ha retornado, ya afamadísimo hombre de letras, a la diplomacia.

Sucesos, los suyos, que Manuel Toussaint participa con parquedad, reserva personal, sometimiento. Salvo las “contadas excepciones” a que antes aludí. Por ejemplo, cuando habla del “fanatismo bienaventurado y la pendejez innata de los aristócratas” pueblerinos (22); por ejemplo cuando ofrece esta viñeta del vasconcelismo cultural:

Estoy trabajando en la Universidad, junto al torbellinó que promueve nuestro hombre pasión, Vasconcelos. El secreto de haber aceptado el empleo fue estar cerca de él, pues siento verdadera admiración por su energía, que creo única; aun sus limitaciones, que son muchas y que él procura cultivar lo más intensamente que puede, me parecen buena cosa. Acaso hay algo de reacción por diversidad de carácter; de todos modos yo creo que es de su generación el que más bien puede hacer, por su carencia absoluta de miedo, de ese miedo trascendental que nos ata a todos y que ha hecho morir en germen más de una buena cosa (25).

Por ejemplo cuando, muy en su terreno, la apropiación estética, altera el lugar común turístico:

He venido a encontrarme una Venecia descolorida y friolenta que no esperaba, un pálido palacio ducal, una basílica de San Marcos lívida por fuera como marfil y por dentro con brillos dorados entre la bruma, a lo interior de Rembrandt. Ignoro cómo fue la Venecia de usted, por más que algunas veces he sentido estremecerse bajo mis pies la huella que dejaron los suyos. Debe haber sido, empero, un poco otoñal y desvaída; no conozco la otra, pero no cambio la mía por ninguna; amamos siempre con exceso lo que nos pareció nuestro un instante (33).

Por ejemplo cuando reporta la renuncia de Martín Luis Guzmán a su cargo junto al Ministro Alberto Pani:

Supongo que ya sabrá usted que Martín renunció a la Secretaría Particular del Excelentísimo Señor Ministro de Relaciones para dedicarse por completo a su periódico *El Mundo*. Es imposible *obtener* un periódico revolucionario, político, comunista y bolchevique y ser Secretario Particular del Excelentísimo Señor Ministro de Relaciones Exteriores (61).

Por ejemplo cuando —para concluir— subraya el tronío de Alfonso Reyes en la escena matritense:

Loera me ha escrito una carta llena de localismos andaluces, [algunos] de los cuales no he entendido. Cuando habla de Madrid no sabe uno si se refiere a usted o a la ciudad y vice versa. Es que Madrid es un campo de gravitación cuyo centro es usted, y cuando un cuerpo pasa cruzando dicho campo sufre tal desviación en su trayectoria, que Einstein no podría explicarla (38).

Dígalo si no Jesús T. Acevedo, involuntaria víctima del peso gravitacional de Reyes en los años duros del destierro.

1937 / 1955. Tres lustros han transcurrido en las vidas —tan diversas— de los remitentes. Manuel Toussaint, creador del Laboratorio de Arte, germen del Instituto de Investigaciones Estéticas, ocúpase en definitiva de la historia del arte mexicano, cancelando de paso, como anota Zaitzeff, aquel proyecto de una suma de literatura colonial que confiara a Reyes el 16 de octubre de 1917. Don Alfonso, luego de su segunda etapa parisina tan bien rastreada por Paulette Patout (*Alfonso Reyes y Francia*), despacha, íntimo de Borges y su grupo, en la Embajada de México en Argentina —destino al que seguirá Brasil y Argentina de nuevo y otra vez Brasil y, por último, con su carga de autoexilio, México.

Como lo anticipé, quien lleva la voz cantante, en este segundo trecho de *Casa a casa...*, es precisamente Reyes, el autor de *Cortesía*. Libro de circunstancias que traigo a cuento porque a su género se adscriben, aunque en prosa, las misivas de Reyes a Toussaint. Invitaciones, saludos, agradecimientos, gentilezas; apenas, muy a penas, una de las cuestiones que lo amargan e incordian: la campaña —una de varias— contra él enderezada, en las páginas de *El Nacional*, por Ermilo Abreu Gómez. Reyes, poco o nada mexicano. Cito dos momentos en que las buenas maneras de ambos remitentes ceden sitio a la rabia y, por qué no, a la intriga.

*Bs. Aires, 3 de diciembre de 1937.*

Querido Manuel:

[...] Gracias por todo: las actividades de los amigos de A.R. tienen que suspenderse de momento, aunque muy bien pudieran emplearse en contrarrestar esa campaña de falsificación y calumnia (que calumnia es torcerle a uno toda la intención de sus obra y de su vida) que Ermilo está haciendo contra mí en *El Nacional* no sé por qué motivo: acababa de recibir yo una carta de él, llena de amistad y confianza, en que me narraba sus penas con la muerte de su esposa, se quejaba de que la crítica no hubiera sido benévola con sus Tablas de Literatura, imploraba mi benevolencia al recibirlas y juzgarlas, y me pedía ayuda para su Sor Juana y su Alarcón, cuyos manuscritos me anunciaba, cuando al día siguiente ¡cataplún! me encuentro los artículos confusos y torcidos, mal intencionados e iracundos. ¿Qué le sucede? ¿Está loco? (77).

*México, 11 de diciembre de 1937.*

Mi querido Alfonso:

[...] Pasé días de zozobra pensando escribírselo, pero el deseo de no dar malas noticias me lo impidió. Además, tenía la convicción de que usted lo sabía y habría hecho lo posible por evitarlo, si es que así lo deseaba. Perfectamente explicable la actitud de Ermilo porque nunca ha sido sino un pedante: el don Hermógenes de los imbéciles. Lo que no entiendo es que usted lo haya tomado en serio y menos aún que se sienta herido por lo que pueda decir de usted ese quidam: los amigos de A.R. no le reconocen beligerancia (79).

Salvo pasajes como el anterior, Don Manuel Toussaint, por su parte, no modifica en lo esencial, en las doce cartas de la correspondencia retomada, la actitud mostrada en las veintiséis de la etapa 1917 / 1922. El discípulo, el que no confronta, el viajero que se pliega a ciegas a los golpes del timonel, el espectador servicial que ve el escenario como tierra prohibida. Cuando —suceso que retoma la correspondencia cortada en 1922—, el embajador Reyes lo invita a un Congreso Panamericano de Historia, Toussaint, no sin vacilar entre viajar o no a Buenos Aires, contesta: “El Destino quiere que usted haya de pilotearme lo mismo en Europa que en la América del Sur, en África o en China” (68). Confesión de parte no por innecesaria menos exacta. Ni siquiera la convivencia pampera —los señores, las esposas— rompe el cerco numantino del *Usted*.

Dos comentarios finales.

*Primero.* Nunca me han llamado la atención ni la obra, ni la figura de don Manuel Toussaint; salvo, en lo que hace a la escritura, sus trabajos sobre Taxco, guías no sólo emocionantes sino utilísimas cuando la maraña de la modernidad edilicia —signifique esto lo que signifique— atrapa a la población guerrerense. Mi asomo a su epistolario con Reyes lo hice, sin embargo, con la expectativa de nuevas pistas sobre dos álgidos lances ateneístas: en lo general, las peripecias del vasconcelismo educativo (1921-1924); en lo particular, la intención de Vasconcelos, ministro de Obregón, de nombrar a Alfonso Reyes —a quien protegía, a quien había devuelto al carril diplomático—, subsecretario (1921-1922). ¿Sacióse mi esperanza? Sí y no. Sí porque pese a la característica reserva del secretario particular, algo se cuela de las entretelas ministeriales, esas pugnas que envolvieron a Vasconcelos, a Torri, a Antonio Caso, a Pedro Henríquez Ureña (a quien, observa agudo Toussaint, fascinábale “la política casera”). No, porque no esclarece, más allá de lo aportado por la correspondencia Reyes / Vasconcelos y la correspondencia Guzmán / Reyes,<sup>1</sup> el episodio de la subsecretaría. Suceso en el que, a mi juicio, Reyes, tenido por apolítico, dispuesto a permanecer en España y no en regresar a México, lidia con destreza a Vasconcelos, una de las fieras políticas de la camada nacida con *Savia Moderna* (1906).

*Lo segundo.* Sigo de tiempo atrás, con puntualidad y beneficio, los constantes aportes de Serge I. Zaïtzeff al conocimiento del Ateneo de la Juventud; más que generación tradicional, cruce de grupos; constelación. Resiento, sin embargo, de un lado, la anotación excesiva, puntilliosidad que en ocasiones corta el vuelo al lector sacro o profano (cuestión además, no lo ignoro, motivo de encontrados pareceres en el mundo académico); y, de otro, la permanente visión del Ateneo como

fraternidad sin fisuras, óptica entregada más a las "simpatías" que a las evidentiísimas "diferencias" (cuestión, huelga decirlo, atañente antes a la *hermenéutica* que a la *heurística*). Prietitos en el arroz que en modo alguno restan provecho, ni apremio, a la recomendable lectura del epistolario cruzado por don Manuel Toussaint (1890-1955) y don Alfonso Reyes (1889-1959). El que asiente. El que se resigna.

FERNANDO CURIEL

*Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM*

#### BIBLIOGRAFÍA CITADA

- Cvltvra. Cincuenta años de vida 1916-1966*. México: Cvltvra, 1966.
- FELL, CLAUDE, ed. *Écrits oubliés. Correspondance entre José Vasconcelos et Alfonso Reyes*. México: Inst. Francés de América Latina, 1975.
- Medias palabras. Correspondencia Guzmán / Reyes. 1913-1959*. Ed. Fernando Curiel. México: UNAM, 1990.
- PATOUT, PAULETTE. *Alfonso Reyes y Francia*, Trad. Isabel Vericat. México: El Colegio de México / Gobierno del Edo. de Nuevo León, 1990.
- REYES, ALFONSO. *Cortesía*. México: Cvltvra, 1948.
- REYES, ALFONSO / HENRÍQUEZ UREÑA, PEDRO. *Correspondencia 1907-1914*. Ed. José Luis Martínez. México: FCE, 1986.

ARALIA LÓPEZ GONZÁLEZ. *La espiral parece un círculo. La narrativa de Rosario Castellanos. Análisis de "Oficio de tinieblas" y "Álbum de familia"*. Textos y contextos 3. México: UAM-I, 1991.

Coherente con su propia visión del mundo —y con su propia vida—, la obra y la personalidad de Rosario Castellanos fueron motivo de interés para Aralia López González desde hace muchos años. Su investigación se integró a un proyecto de equipo que realizamos en El Colegio de México sobre la narrativa mexicana contemporánea, con un enfoque que relacionaba literatura y sociedad.

Nuestro proyecto proponía la experimentación a partir de determinadas nociones de análisis: narrador y personajes, espacio-tiempo e intertextualidad. Pretendíamos hacer un análisis inmanente de los textos y, a partir de ese análisis, precisar la visión del mundo dominante y mostrar